

DIARIO DE MURCIA.

PERIÓDICO DE TODO,

MENOS POLITICA Y RELIGION.

Sale todos los dias, ecepto los lunes.—Se suscribe en Murcia, en la librería de Cárles Palacios á 6 rs. cada mes, y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

LA BATALLA DE OLMEDO.

En el año de 1445, ocupaba el trono de Castilla y de Leon D. Juan II, hijo de D. Enrique III y de la reina D.^a Catalina.

La prianza que este rey daba al condestable D. Alvaro de Luna motivó muchas seuciones y revueltas. Mal avenidos los pueblos con el yugo del condestable estaban en continua lucha con él, lucha que se estendía á los vecinos reinos de Aragon y Navarra. Por estas razones se vió el rey en la necesidad de separar á su privado de aquel valimiento, ordenándole que por espacio de seis años no pudiese salir de sus estados, ni escribirle ni enviarle mensajes; pidiéndole rehenes en seguridad del cumplimiento de esta sentencia. No satisfizo esta disposicion los deseos del rey de Navarra, ni de los enemigos del condestable, asi es que tomaron las armas para demandar por la fuerza lo que de otro modo no creian conseguir de D. Juan, quien no podia avenirse á la separacion de D. Álvaro.

Con este motivo el de Navarra envió á Ferrer de Lanuza, justicia de Aragon, á suplicar á su hermano el rey de Aragon le ayudase en aquella guerra, y se encaminó á la villa de Olmedo, de la cual se apoderó por la fuerza. Sabiendo sus habitantes que el rey de Castilla venia en su socorro se resistieron á entregarla al de Navarra, y se fortificaron en su recinto; pero precisados á rendirse fueron muertos los principales de sus moradores.

El rey de Castilla se presentó en efecto, pero ya la villa estaba en poder del enemigo. Sus fuerzas se componian de dos mil caballos y de dos mil infantes. Despues se le unieron el príncipe D. Enrique, D. Álvaro de Luna, Juan Pacheco, Iñigo Lopez de Mendoza, el obispo Barrientos y el conde de Alba. Á los aragoneses se unieron los hermanos Quiñones, el conde de Castro, el de Benavente y Juan de Tovar. El obispo Barrientos estaba encargado de entretener al enemigo hasta tanto que llegase el maes-

tre de Alcántara, con cuyo refuerzo los del rey se aprestaron á la pelea.

Viendo los aragoneses que su posicion no era á propósito para resistir al enemigo, enviaron á Lope de Angulo y al licenciado Cuellar, á esponer al rey el motivo que habian tenido para tomar las armas, que era el estado de servidumbre en que el condestable tenia á los pueblos, espresándose en estos términos. «Si echado D. Álvaro, como tenia acordado vuestra alteza, quisiere por su voluntad gobernar el reino, no pondremos dificultad ninguna, ni dilacion en hacer las paces con tal que las condiciones sean tolerables: que si no dais oido á tan justa demanda, la provincia y vuestros vasallos padecerán robos, talas, sacos y violencias; males que se pondrán á cuenta del que no los escusare, y que protestamos delante de Dios y de los hombres con toda verdad deseamos por nuestra parte y procuramos atajar: avisamos otrosí que esta embajada no se envia por miedo, sino con el desco de que haya sosiego y paz.»

En vista de esta demanda el rey pidió á los enviados un plazo para deliberar, pero un incidente imprevisto vino á desconcertar todo plan de avenencia, y se dió la batalla.

El diez y nueve de Mayo del año que hemos apuntado, el infante D. Enrique se acercó á los muros del pueblo con cincuenta ginetes; salieron otros tantos de la plaza, pero que los seguian mayor número de infantes. Visto esto por el príncipe se retiró á los reales hasta donde fueron en su alcance los aragoneses; esta falta de los tratados fué bastante para que todas las tropas tomasen las armas y se preparasen al combate. La vanguardia se componia de tres cuerpos, el del centro lo mandaba el condestable, y los costados D. Alonso Carrillo obispo de Sigüenza, el conde de Alba, Iñigo Lopez de Mendoza y Pedro Acuña. El cuerpo de batalla estaba á las órdenes del príncipe D. Enrique, y la retaguardia la mandaba el rey, con el arzobispo de Toledo y el conde de Haro, cuyos flancos eran cubiertos por el prior de S. Juan, D. Diego Zúñiga, Rodrigo Diaz y Pedro Mendoza.

Asi dispuesto el ejército castellano esperó que el